

# GENOVEVA

P O R

MEDARDO FRAILE

A nadie, entre las gentes que por mi profesión he conocido y han muerto ya —dijo el doctor Colomín—, recuerdo tanto como a Genoveva, y no porque se muriera sin pagarme la cuenta. Genoveva aún era joven cuando la conocí. De una familia aristocrática de Orjiva. Y, aunque menuda, tenía encanto. Pero, discúlpenme, me parece que esto ya lo he contado alguna vez.

—Continúe, doctor, se lo ruego. El señor Leyva no conoce esa historia.

—Creo que Genoveva y usted —dijo el doctor sonriendo— hubieran hecho una pareja excelente. Cuando otras veces he contado esto, se ponía usted serio y concentraba mucho su atención.

El doctor Colomín comenzó a hablar. Dos o tres moscas iban aproximándose, cada vez más, al corro de los hombres. Exploraban, volando, la calva del doctor y la del señor Leyva, que apenas se movía. Era jueves. El doctor Colomín no tenía consulta los jueves. Estaban sentados todos en la trastienda de un despacho de vinos, tranquilo y oscuro como un santuario.

—Genoveva, de joven, era una muchacha normal. Quiero decir que no tenía originalidades o rarezas que no fueran comunes a todas las muchachas. El pelo era muy rubio, pero tenía, sobre todo, unos ojos muy especiales. Grises, de una gran finura en el mirar y con un fondo, que se transparentaba, de bondad e inocencia.

—¡Los ojos de Genoveva! Siempre habla usted, doctor, de sus ojos con tanta delectación que le hubiera gustado a uno verlos.

—Eran su encanto más importante. Antes de morir se ya estaba hecha una pasita y aún tenía una gran belleza.

—Continúe, doctor.

—Bien. Genoveva tuvo una desgracia. Les hablo de tiempos en que lo que a ella le pasó constituía una desgracia; ahora, no. Se enamoró de un médico de pueblo y, aunque el dinero a ella no le sobraba, tenía unos apellidos demasiado ilustres.

—¡Y el médico tenía su carrera y la vida por delante para abrirse un camino!

—Usted es joven. Lo prueba lo que ha dicho. No conoció usted, por fortuna, esas barreras sociales infranqueables, ridículas, que redu-

cían a la nada y, lo que es peor, a la desgracia, como en este caso, los sentimientos más nobles de un ser humano.

—La historia que nos cuenta el doctor ha ocurrido ya. Es inútil su pasión, Unzueta.

—Pues bien: el médico, que fué compañero mío en el último año de la carrera y era mayor que yo, se expresaba mejor que la mayoría de los señoritos del pueblo; no se pasaba, naturalmente, el día en las tabernas y llevaba una vida correcta y seria. Amaba su profesión y supongo que, de no haber muerto, tendrá ganado un prestigio y una situación sólida.

—Y Genoveva, ¿nunca le habló de él? ¿Si aún vivía, si se habían visto en alguna ocasión, si había prosperado?

—No. Veamos. Hubo una atroz oposición por parte de su familia. Genoveva era sensible. Nunca le pasó por la cabeza desobedecer a sus padres. Los padres entonces, para bien o para mal, eran en esta vida lo primero y disponían, muchas veces cruelmente, de sus hijos y, sobre todo, del corazón de sus hijas.

—Venga un trago, doctor. Vamos a echarle aire a la vasija.

—Gracias.

Había en el suelo un botijo pequeño, blanco, y se lo fueron pasando de mano en mano. Echaba un chorrito ronroneante de vino rojo. Los ojos se entornaban enamoriscados con el ruidillo y el frescor del chorro y el blancor inocente del botijo.

—Decía —dijo el doctor— que no pudo efectuarse la boda. Genoveva se encerró en su casa. ¡Bueno!, en casa de sus padres. Las chicas de su tiempo, sus amigas, se fueron casando, y un día, ya transformada, volvió al mundo para cuidar niños ajenos y ayudar en los quehaceres de las otras casas.

—Transformada, ¿en qué sentido, doctor?

—No. No quiero decir que el recuerdo de su amor hubiera muerto. No. Se volvió hipersensible, de una dignidad extremada; guardó su tristeza, que era profunda, como pocas personas han sabido hacerlo y a veces esto le ocasionaba un leve desequilibrio lírico y tierno que sacaba lo mejor de su alma fuera y le hacía a uno quedarse atento, embebido en sus cosas.

—Aquel médico de pueblo, ¿no era usted, doctor?

—No. No era yo. Otro compañero mío, médico, y amigo, muy amigo de aquél, me traspasó esta historia que estoy contando y a Genoveva con ella. Es decir, hasta aquí nada más. Porque lo que voy a contar ahora me pertenece a mí. Yo lo observé, y les puedo asegurar que en esta continuación no hay por mi parte la menor fantasía. De verdad.

—Y si la hubiera, doctor, no importaría mucho. Lo que nos va a contar puede o no ser cierto, pero les aseguro que, a mí al menos, me parece estupendo.

—¡A ver, a ver!

—Ella vivía ya en Madrid. Una parienta suya dejó desalquilado un pisito pequeño, y Genoveva, con la rara disposición y diligencia que ponía en estas cosas, se trajo de Orjiva unos pocos muebles y unos cachivaches entrañables y se instaló en él. Entre los trebejos venían algunos cuadros y estaba con ellos Ida.

—¿Una antigua criada?

—No. Un cuadrocito pequeño con la cabeza de una niña pintada a encáustica. El cuadro era bueno. Su autor, desconocido. Al menos, nunca he oído nada de Inchausti, que firmaba aquel cuadro. La niña tenía flequillo y melena corta. Su cara era sensible, delgada, pálida, aunque bajo los blancos y grises de sus mejillas se veía, prisionero, un color rosa de pocos y delicados glóbulos rojos.

—Y la niña, ¿quién era? ¿Una sobrina suya, una hermana pequeña que desapareció...? O, tal vez, ella misma...

—No. ¡Qué va! Ahora verá usted.

—Sí. Ahora verá. La pequeña tenía los ojos aterciopelados e intensos, de color castaño. Su mirada decía, un poquito desamparada, que alguna cosa le habían negado, pero estaba atenta, con un rescoldillo de pena y esperanza, como si una voz buena le prometiese, a cambio, un juguete para los Reyes Magos o un vestidillo para la primavera.

—Los ojos los pinta usted como nadie, doctor.

—Eran así. Había yo observado que, en muchas ocasiones, Genoveva hablaba al parecer sola, y dirigía entonces su mirada hacia la criatura del cuadro. Un día le pregunté quién era. “Ida”, me respondió. Y la miró con ternura. Yo quise saber más; lo que usted ha preguntado: ¿Una sobrina? ¿Una hermana pequeña? Y entonces comenzó a hablar, a hablar, y me di cuenta de que Ida no era absolutamente nadie, un cuadro sin fecha y sin historia al que Genoveva había puesto nombre y había colgado una variable y complicada leyenda.

—Y ese nombre, ¿por qué?

—He sugerido otras veces que pudo inspirárselo un cuento: “Las flores de la pequeña Ida”, de Andersen. ¿Se acuerdan? Es probable que no. Yo me acuerdo porque leo estas cosas de vez en vez. Ella también lo hacía. Por otra parte, estaba ese nombre bien escogido porque la niña tenía los ojos, en efecto, como la pequeña Ida, como pidiendo una explicación por la muerte de “sus pobrecitas flores”.

—Vamos, que también, con perdón, estaba un poco ida la señora.

—Cállese, Lorengar. El último día dijo usted la misma estupidez. Piense lo que quiera, pero cállese.

—Un poco de calma. Terminó ya. Genoveva no estaba loca. Estaba sencillamente creando para la criatura aquella, para ella misma y para los que tuvieron la suerte de recoger y entender algunas estrofas, el poema de su vida. Aquel cuadrito era el refugio más dichoso de su maternidad fracasada. Sin duda. Les voy a contar a ustedes, si me permiten, lo que pasó un verano.

—Siga, doctor.

—Esta dulce mujer fué, poco a poco, vendiendo y empeñando, con estoicismo impecable, muebles de marquetería, ropas de hilo, algunas joyas que tenía, pocas, de los tiempos felices, cuadros, hasta quedarse con mucho menos de lo preciso, que no se notaba que lo fuera, porque, ante cada renuncia, ella se despojaba de una necesidad más, como si se quitara una prenda que realmente le molestase. Un buen día le llegó el turno a Ida y el cuadro fué a una casa de empeño. Esto produjo en ella tal desequilibrio que tuvo que entregarse a una idea: Ida, su pequeña, veraneaba en Torremolinos y regresaría pronto. Así me lo hizo saber una tarde, escondiendo la sonrisa, un poco avergonzada. En efecto, Ida volvió a la casa con las primeras lluvias.

—¿No es tremendo? —preguntó Unzueta, levantándose—. Y ahora verán ustedes.

—Genoveva murió una madrugada y sus últimas horas fueron algo así como un largo rosario de recomendaciones a Ida: para cuando fuera al colegio, para cuando hiciera frío, para rezar en la iglesia, para hablar con las amigas, para ser diligente en este mundo y saber comportarse y escuchar. Creo, incluso, que le dió una receta para hacer rosquillas.

Quedaron en silencio.

—Cuando acabó todo —continuó Colomín— me volví. Tenía en los labios una frase para decir a alguien en aquella casa medio hueca, entre aquellas caras, tres o cuatro, que no conocía. Busqué en todas partes y en la pared, al ver a Ida, dije con la voz apagada, como rezando: “Lo siento; lo siento mucho. Tú sabes que es verdad.” Y los ojos de pintura de aquella niña, ¡palabra!, se pusieron más tristes y pareció, por un instante, que suplicaban a Dios para que les diese unas lágrimas, como a todos nosotros los que estábamos en el cuarto. Y Dios no se las dió.

—No, doctor; ; eso no! Siempre nos dijo que a Ida le cayeron dos lágrimas.

—¡ Tal vez! ; Quién puede saber eso...!

Durante un rato se callaron todos. Al señor Moreira, que había escuchado sin comentar nada, se le ocurrió preguntar :

—¿Cuál fué la enfermedad? ¿La de Genoveva? Nunca lo dijo usted.

Y el doctor Colomín, venciendo su emoción, articuló estas palabras :

—Se quejaba la pobre de los nuevos tiempos, de las corrientes, de lumbago, de las primaveras frías...

En las gargantas sonó, para despistar, el grillear del chorro del botijo. Se hizo una pausa. Uno echaba la silla para atrás; otro cruzaba las piernas, sacando la petaca; otro miraba, hacia el techo, el lentísimo vuelo de una mosca. Pasó un rato.

—Pues esto me recuerda... —comenzó Lorengar.

—No, todavía no; se lo ruego. Un poco más tarde...

Medardo Fraile.

MADRID.